

*sofía
rosales y jaime*

**visita
a
basia batorska**

Imagino tan hermosa y especial la selva de Bialowieza en Polonia con sus centurias de fronda, sus miles —o millones— de pájaros y los lentos y majestuosos últimos bisontes de Europa que, sin conocerla, mi imaginación recrea un lugar impresionante e imposible de olvidar para quien la ha recorrido con ojos reverentes y maravillados; inmediatamente recuerdo que en nuestro país también existen lugares donde la naturaleza nos hace sentir pequeños y nuevos ante los siglos que se hace patentes en mil formas extraordinarias que para una mirada sensible esconden riquezas insospechadas sólo traducibles en el lenguaje artístico. Basia Batorska nació y vivió sus más tempranos años infantiles en Bialowieza y la violencia de la guerra determinó que su familia emigrara por varios países buscando un lugar a salvo del horror desatado, hasta establecer en México: Monterrey fué la ciudad donde Basia se hizo mexicana y se transformó en adolescente y más tarde en mujer desarrollando su vocación de dibujante y pintora. Su escuela fue el esfuerzo continuo por superar las dificultades que se presentan en este camino sin fin y los años la han premiado con ojo y mano adiestrados que traducen al papel o al lienzo sus emociones, su curiosidad y su gozo de vivir. Radica en México desde hace algunos años y es aquí, en el agradable hogar-taller-estudio que comparte con su compañero, sus hijos y dos hermosos gatos —Porfirio y Demetrio— donde me ha recibido con abierta amistad y montones de dibujos, acuarelas, cuadros y grabados que en cuatro horas me han permitido conocer una parte muy importante de su mundo. Juvenil y desenvuelta, sentada en el piso entre acuarelas, navaja y cartones (enmarca los trabajos de su ex-

posición en ciernes) charla animadamente de temas que desembocan inevitablemente en el arte y en la problemática femenina que es pan de todos los días en la vida de las mujeres que luchamos por desenvolvernos como seres dignos en un mundo que aún ofrece tanta resistencia para ello.

Entre el café, la plática y las intromisiones de los gatos que corretean sin hacer caso de su fingido enojo, van quedando enmarcadas las acuarelas en que ella ha intentado capturar ese misterio inalcanzable del paisaje que le llenó las pupilas en Bialowieza y en la selva de Yucatán cuando calcaba relieves mayas. Presenta las impresiones que desde un mismo ángulo de observación captó día tras día en una alameda de Cuernavaca que por supuesto jamás resulta igual dos instantes seguidos, no importa la rapidez de la mano que trabaje persiguiendo luces, sombras y nubes. No obstante ahí está su respuesta al reto que es parte medular de su existencia lo mismo que pintar, grabar obras irrepetibles por la difícil técnica que usa o dibujar interminablemente a sus sedosos felinos buscando desentrañar en líneas y colores (tiene dibujos bellísimos de ellos) el enigma de la gracia y fascinación constante que ejercen, por lo menos, en quienes gustamos tanto de su compañía. Ese anhelo de Basia, "anhelo tocar algo del alma de las cosas", resulta tan difícil de satisfacer como el mío de capturar una imagen coherente en los mosaicos de pedacería de espejo que ella, en sus ratos de 'ocio', arma hasta cubrir muros y que me despiden fragmentándose cuando le digo hasta luego en la puerta de su departamento

